

¿Dónde, y por qué los presos van? pregunta.

«No es de vuestro cuidado, ni os importa
Lo que incauto pedís.» respondió Ardano,
Ardano capitán, de vista corta,
Y de soberbio corazón villano;
«Mas fácil os será saber si corta
El rigor de mi espada, y de mi mano:
Pasad el río, despejad la arena,
Sino queréis terciar en la cadena.»

«Ahora, replicó el joven valeroso,
Saber por fuerza quiero lo que os pido,
Que á ser vos noble, el pecho generoso,
Como honrado os hiciera comedido:»
Y enviando tras la voz un golpe airoso
Sobre el pomposo yelmo, en dos partido
Al suelo le arrojó; que su ceguera
El resguardo no hizo que debiera.

La escuadra vil que al capitán difunto
Vió del golpe primero en tal estado,
En confuso tropel y escuadron junto
A darle corre sin sazón vengado;
Que el valeroso godo, que un trasunto
Es del marcial furor cuando está airado,
Mas que Vulcano rayos en su fragua,
Armas, sangre, y centellas llueve al agua.

A uno el brazo desgarró, al otro el pecho,
Ya este y aquel ensarta de uno en uno,
Aquel de cuatro brazos deja hecho,
Y aquel del primer golpe sin ninguno:
Cual rojo tigre en acosado estrecho
El tejido escuadron rompe importuno,
Y en las sangrientas garras, y en la boca,
Cuanto su ardiente rabia encuentra apoca.

De diez, de ocho, de seis, de cuatro altivos,
Que el preso defendían generoso,
Muertos los otros á sus golpes vivos,
De dos, perdon le pide el mas brioso,
Y el mas cobarde en pasos fugitivos
Por el vecino bosque huyó medroso,
Y él á dar fue con su victoria ufano
Libertad á los presos, de su mano.

Hábale ya en los golpes conocido
Garilo, y en las ricas armas bellas,
Y aunque sin fe, quisiera de corrido
Antes morir que en su servicio vellas:
El noble don Teudonio comedido,
Viéndose en dulce libertad por ellas,
Para rendir las gracias á su dueño
Cualquier término juzga por pequeño.

Del rico yelmo la visera de oro
El noble godo levantó lozano,
Para en su libertad con mas decoro
Al generoso preso dar la mano:
Mas del bello semblante que el tesoro
Cubría de las armas de Vulcano
La luz salió, que al gran Teudonio pudo
Del gozo de mirarla volver mudo.

Conoció luego el generoso aliento,
Que ya en Miduerna vió en igual destreza,
Cuando al rey Casto del traidor intento
De Mahamud, libró su fortaleza;
Y como arrebatado del contento
Del no esperado bien, y su grandeza,
«¡Oh cielos! dijo, ¡oh pecho en quien cifrado
Fortuna al mundo un bien cumplido ha dado!

Dadme, ¡oh brazo invencible, en quien unido
El valor godo está! esa invicta mano,
Para que en feudo á vuestro honor debido
Mi propia sangre reverencie ufano:
¡Hijo del mejor padre que ha nacido,
Honra del noble suelo castellano,
Defensa de Leon, leon de España,
Fama del mundo, y gloria de Saldaña!

Si la primer salud y vida os debo,
Cuando en Miduerna vuestro brazo fuerte

Al Casto rey libró del cruel mancebo,
Que desde Lugo quiso darle muerte;
La libertad que aquí me dais de nuevo,
Que no os la debó la ocasion me advierte,
Que esto restituir ahora ha sido
Lo mismo que por vos habia perdido.

Por dar á vuestro ilustré padre ayuda
A recobrar la libertad perdida,
La adversa suerte, un breve tiempo en duda,
Vária entre favorable y desabrida,
Desta cadena de piedad desnuda
Mi garganta cual veis dejó ceñida,
Y por la venerable suya puesta
Otra de mas rigor y oprobio que esta.»

Así el príncipe godo al noble hijo
Del desgraciado conde de Saldaña
De su gran padre la prision le dijo,
Y el tormento que en ella le acompaña;
Y en larga relacion, y hablar prolijo,
De su antiguo discurso la maraña,
De la infanta su madre la clausura,
Y la injusta pasión que en el rey dura.

Atento al largo discurrir del godo,
En una suspension honrada puesto,
Con prudente sentir lo advierte todo,
Bravo interior, y en lo exterior compuesto;
Trazando en sabia prevencion el modo,
A su honor menos grave, y mas modesto,
Con que guiar las enconadas cosas
A mejor fin, y á vueltas mas dichosas.

Viénele á la memoria, que Proteo
Le prometió en obscura profecía
Un preso que alumbrase el gran deseo,
Que entonces de saber quién es tenia:
Ve ser Teudonio el que el pastor Nereo
En confusas enigmas le advertia,
Y hallándole tan cierto, se embaraza
En el temor de su última amenaza.

Mas á un ánimo ilustre no hay quien pueda
Contrastar con temores su pujanza,
Y así seguro en sus recelos queda,
Y el alma coronada de esperanza:
La grandeza de casos con que enreda
El tiempo á los dos príncipes, no alcanza
A tratar de las causas de Garilo,
Que es humillar sin para qué el estilo.

Que en heróicos propósitos metidos,
A solas los dos godos retirados,
Con nuevas trazas, medios y partidos
Los discursos ordenan comenzados:
Y viendo los cristales encendidos
Del río ya sin luz amortiguados,
Y la callada sombra que se llega
De los vecinos montes á su vega,

Pasar en su ribera sosegada
La quietud quieren del sabroso sueño,
Ya del grabado arnés la rica espada,
Que antes Garilo hurtó, vuelta á su dueño;
En tal aspecto celestial forjada,
Que hace gigante el brio mas pequeño,
Y al pecho humilde apaga el miedo frio,
Y al brioso corazón aumenta el brio.

Mas el falso Garilo, siempre atento
A proseguir su inclinacion traviesa,
De maquinarse con libre pensamiento
Nuevas traiciones sin lealtad no cesa;
Que á un malo, cuando lo es de nacimiento,
Raras veces del hecho mal le pesa,
Y en el que ahora intenta sin provecho,
El resto echó de su dañado pecho.

Envidioso del joven excelente,
De la fama que al cielo le subia,
Y del deseo que el rey, el reino y gente,
De verle ya en su ejército tenia,
Con las sombras que á un rey burló imprudente,

Y el cetro de Monzon le quito un dia,
Su anillo quiso en ambicioso intento
El honor usurpar de aquel contento:

Y de su luz al rayo prodigioso
Del joven se invistió la hermosura,
Armas, persona, brio, talle airoso,
Habla, trato, ademán, cuerpo y figura;
Y en medio del silencio perezoso,
Que el manto llueve de la noche obscura,
Despertando á Teudonio á toda priesa
Por la selva se entraron mas espesa.

Vistióse el godo el fino arnés de acero,
Que ya de Ardano fue timbre gallardo.
Y llevando el vencido caballero,
Que de sus golpes le sobró á Bernardo,
Huyen del mismo que seguan primero,
Dejan sin guarda al que era su resguardo,
Y por un valle bajan, cuando el dia
Por sus espaldas y árboles subia.

Nuevo Teudonio en el embuste extraño,
Del falso catalán admitió el ruego
Del irse, y dejar al mismo del engaño,
Que finge que es el que se queda ciego,
Que de la luz del mago anillo el baño
Así al seso mayor turba el sosiego,
Que cree el godo que va con el que deja,
Y que del mismo con quien va se aleja.

Parece en lo exterior caso inventado,
Con poco de posible y verdadero,
Del rico anillo el prodigioso hado
En alterar su luz un hombre entero:
Mas que mucho, si el cerco está encantado
En que le fabricó mágico acero,
Y su apremiado espíritu hacia
Las contrahechas sombras que fingia.

Historia es cierta, que el sutil Marguto
De un mundo en riesgo fue traidor cuchillo,
Valido en la virtud que el negro luto
Del sombrío Pluton dió al mago anillo:
Engañó al rey Zaydin de ánimo bruto,
Al avariento Ardán de oro amarillo,
Y en contrahecho rostro al viejo Elido
El reino le usurpó, y dejó corrido.

Urdió la sutil fela del engaño,
Que solo al que era noble aparecía,
Cuyas labores verlas en su paño
Ningun bastardo espíritu podía,
Ni el perfil rico del dibujo extraño,
Quien de otro padre es hijo que decia,
Tambien dan por embuste desta jimia
Los fingidos napelos de la alquimia.

Con geománticos puntos dejó hecho
Un inmortal engaño en los mortales,
Tal que le prueban, y le dan el pecho
Mil sabios, ó tenidos ya por tales,
Y con mirar la mano sin provecho
No hizo en gente vulgar pequeños males;
Al fin él fue de embuste y embeleco
Con su encantado anillo al mundo un eco.

Y ahora Garilo para echar el sello,
Mudado de Bernardo en la figura,
Con Teudonio se fué, y al joven bello
Durmiendo dejó solo en la espesura:
Que cuando del sol claro el rubio bello
Vistiendo salió el mundo de hermosura,
Los ojos abre, y como á nadie via,
Piensa si está durmiendo todavía.

Mas ya despierto cuidadoso mira
Entre las flores por Teudonio en vano,
Y en ver que le dejó, y se fue, se admira
Dél, y su trato al parecer liviano:
Siente la sinrazon, siente y suspira
La poca fe del pueblo castellano,
Pues dos favores que á su gente ha dado,
Ambos de ingratitud se han malogrado.

Y el divertido pensamiento lleno
Del nuevo agravio, y del desdén presente,
Cuando de la alba el argentado seno
Al mundo el sol parió resplandeciente,
A pié, solo y sin guía, el bosque ameno
A cruzar comenzó confusamente,
Buscando á tientó al pueblo mas vecino,
Si el cielo se lo ofrece, algun camino.

Ya de la selva la áspera maraña
En varias sendas tanteado habia,
Y del sembrado aljófár la campaña
Aun en tiernos relámpagos bullia,
Cuando por el combez de una montaña,
Huyendo hácia donde él salió, volvia
Un sangriento soldado conocido
Por el que fue aquel dia su vencido.

Suspendió el paso el joven valeroso,
Y el que huía tambien suspendió el paso
Y en ver vivo á Bernardo mas medroso
Que antes absorto al no entendido caso:
«Señor, dijo, si en cuerpo va glorioso
Destas montañas aun guardais el paso,
Y muerto me queréis vencer, mi intento
Es daros vivo y muerto el vencimiento.

Mas si como se ve del aire vivo
Respirando gozais suave aliento,
Y no estais, cual yo ví, de un golpe esquivo
Pasado el noble corazón sangriento:
El mas notable engaño, y mas al vivo,
Que hasta hoy cegó mortal entendimiento,
Ha pasado por mí, y sospecho y digo,
Que tambien por Teudonio vuestro amigo.

Antes que el alba arrebolase el dia,
Entre flores dejamos y rocío,
Por órden vuestra, en vuestra compañía,
El sueño y las riberas deste río;
Y caminando al canto y armonía
Que á la nueva luz daba el bosque umbrío,
Por entre la alameda de una fuente
Nos dió del primer sol el rayo ardiente.

Y tras él, de un cerrado bosque inculto,
Que al diestro lado sin temor quedaba
Un pequeño escuadron salió, que oculto
Nuestra muerte en sus árboles guardaba:
Y en sorda tropa, y en callado insulto,
A mí cual veis, y á vos la furia brava
De un venablo cruel travesó el pecho,
O yo, señor, soñé lo dicho y hecho.

Mas la sangre y rigor desta herida
(Mostrando todo el cuerpo atravesado)
Si fuese sueño, aun estaria mi vida
En no tan peligroso y triste estado:
Mas que me canso en cosa tan sabida;
Tras la loma, señor, deste ancho prado
Os vereis muerto vos, y á don Teudonio,
Y allí de mi verdad el testimonio.»

Dijo, y el laso espíritu rendido
De la perdida sangre, cayó muerto,
Como si solo hubiera allí venido
A declarar del caso lo encubierto:
Bernardo en su estrañeza divertido
Piensa que está dormido; y si despierto,
Que el tiempo anda con él en las mas varias
Tragedias de sus vueltas ordinarias.

No sabe qué entender de aquel suceso
Con un discurso moderado pueda,
O si perdía con la sangre el seso
El que ya muerto entre las flores queda:
Mas descubriendo al fin el bosque espeso,
La clara fuente, el río y la alameda,
Rastro halló en el llano no pequeño
De no ser todo lo pasado sueño.

Al gran Teudonio, en el confuso estrago
De rotos cuerpos, y vencida gente,
De armas ceñido halló en sangriento lago

De un tejido escudon resplandeciente,
 Que en batalla infeliz campo aciago
 La honra sustentada de su espada ardiente,
 Ya de heridas los músculos cubiertos,
 Y el rojo prado de enemigos muertos.
 Entre ellos, del luciente hierro agudo
 De un ligero venablo atravesado,
 Un cuerpo vió, que en armas y en escudo,
 Era dél y las suyas un traslado:
 Admiróse del caso, mas no pudo
 Por entonces ver mas, que el brazo honrado
 Del amigo, de sí le sacó al punto,
 Que su vida y su herir vió acabar junto.
 Las destrozadas armas pieza á pieza
 El rigor de los golpes echó al suelo,
 Y del abierto pecho la braveza
 De un sangriento desmayo el mortal yelo,
 De seis agudas puntas la destreza
 Su cuerpo dió á la tierra, el alma al cielo.
 Cuando llegaba en su favor Bernardo,
 Cual en campo Marsilio suelto pardo.
 Quedó viendo caer el caro amigo
 De un desmayo mortal cubierto el pecho,
 Maldice airado su favor mendigo,
 Y su tarda venida sin provecho:
 Y no mas fiero el Jónio sin abrigo
 Entre escollos levanta el crespo pecho,
 Cuando de Acroceraunio la alta roca
 Con hueca espuma las estrellas toca;
 Que el brazo altivo, y el semblante fiero
 Del ofendido godo, á la canalla
 Que de la furia del sangriento acero
 Sobró al feroz Teudonio en la batalla:
 Ni en mas presteza el cauto marinero,
 Que entre sus peñas y arenal se halla,
 De los riesgos del golfo descubierta,
 Huye al abrigo del vecino puerto;
 Que las sobras del campo sin aliento
 Los filos huyen de la ardiente espada
 Del nuevo capitán, que en triste acento
 El fin celebra á su infeliz jornada,
 Viendo del roto cuerpo el rio sangriento
 Que del vivir la fuente dió agotada,
 Y al grave caso que trazado habia
 La mayor usurpó y la mejor guia.
 Mas vuelto á su valor: «el cielo, dice,
 Es dueño universal del curso humano,
 ¿Qué saber hay, si el suyo contradice,
 Que en su mayor caudal no salga en vano?
 Lo que en mí fuere haré, cual siempre hice,
 Lo demás quede al peso de su mano,
 Que cada vida tiene su corriente,
 Y las riendas del tiempo el que es prudente.»
 Dijo, y tras esto supo de un herido,
 Ser de aquel triste caso el fundamento,
 Que el mismo que antes de temor huido
 De su espada se entró en la selva á tieuto,
 El mas cercano pueblo conmovido
 A vengar el pasado atrevimiento,
 Y recobrar su preso, sacó y puso
 En la emboscada su tropel confuso.
 Y en hombros de las gentes, que al asalto
 De la vecina sierra habian venido,
 El real cuerpo de vida y sangre falto
 Mandó al pueb'o llevar mas conocido,
 Donde en sepulcro ilustre el valor alto
 De su linaje muestre esclarecido,
 Y de la pira en el silencio mudo
 La última honra le dé que antes no pudo.
 Mandó tambien de su retrato al vivo
 En un difunto ver la muerta cara;
 Vióla, y quedó de nuevo pensativo,
 La dudada verdad patente y clara:
 Asombróse de verse muerto y vivo
 A una misma sazon (¡grandeza rara!)

Que uno sin vida, y otro de asombrado,
 Ambos mostraban el color robado.
 Cuando de los villanos, que en miralle
 Armas y semejanza están con miedo,
 Uno que lo vió, acaso por hurtalle,
 El mago anillo le sacó del dedo:
 Huyó tras él el rostro, el brio, el talle,
 Y quedándose el cuerpo muerto quedo,
 La hueca sombra del barniz liviano
 Desvanecida huyó en el aire vano.
 Cual con la viva luz de Febo ardiente,
 Blanco celaje que antes encubria
 Altivo risco, huye y de repente
 Sus pardas greñas manifiesta al dia;
 La vana sombra así delgadamente,
 Que antes ajenos miembros componia
 Del frio difunto, y de su embuste extraño,
 Al campo descubrió el notorio engaño.
 Mas admirado el godo que primero,
 El vario cuerpo desangrado mira,
 Que contra el golpe del templado acero
 No le valió la mágica mentira;
 Y sin saber el fundamento entero
 De su transformacion, ni á qué fin tira
 Allí se le dejó, y por la espesura
 A dar se fué á Teudonio sepultura.
 Y en santa devocion, y ánimo pio,
 A la universal deuda satisfecho,
 A la real corte de su casto tio
 De allí tomó el camino mas derecho:
 Cuando un dia por un bosque entró sombrío,
 De alisos verdes y laureles hecho,
 Que en lo mejor del encubierto valle
 Alegre plaza hacian, y ancha calle.
 Aquí al amparo de un peinado risco,
 Que el pié un arroyo de cristal le baña,
 Entre la verde grama y el lentisco
 La humilde paja vió de una cabaña;
 De serrano pastor seguro aprisco
 Juzgó la choza el principe de España,
 Cuando del prado vió en las flores bellas
 Sobre un muerto llorando dos doncellas.
 Admiróle del sitio la estrañeza,
 Y de la nueva compasion llevado
 Conoció de las dos la una belleza,
 Y en verla allí, y llorar, quedó turbado:
 Era Olfa, que en sus faldas la cabeza
 Del cuerpo sustentaba desangrado
 De un gallardo mancebo recién muerto,
 De sangre todo y de beldad cubierto.
 La otra doncella, cuyo sentimiento
 La dura roca á compasion movia,
 Ya con furiosa voz, ya sin aliento
 A suspenderse en su dolor venia:
 Bernardo hallando en tan estraño asiento
 La que en Grecia perdió su compañía,
 Cual ligero neblí se arroja al prado,
 La visera y el yelmo levantado,
 «¡Santo cielo! (dijo Olfa, conociendo
 Al gallardo leonés) ¡qué encuentro extraño!»
 Y el nuevo gusto y alegría creciendo
 La pena olvida del ajeno daño:
 A pedirle las manos fue corriendo,
 Y el bello jóven dice: «¿si es engaño
 Mostrar con ceremonias que me precia,
 Que solo me dejó sin causa en Grecia?»
 Y al blanco cuello en nudos deleitosos
 Afable ciñe los honestos brazos,
 Y con mil pensamientos deliciosos,
 Que esté de aquella selva en los ribazos
 La diosa de sus gustos amorosos,
 Nuevas le pide de los dulces lazos
 En que amor le prendió, y de cualquier modo
 De la que es de los dos el dueño en todo.
 ¿Cómo, ó por dónde, en el lugar presente

La piedad, ó el rigor, la echó del cielo?
 ¿Qué tragedia infeliz de hado inclemente
 Llorando yacé en su sangriento suelo?
 ¿Quién un doncel mató tan escelente?
 ¿Quién puso en tal beldad tal desconuelo?
 ¿Y dónde su princesa está divina?
 Dijo, y le respondió la hermosa china:
 «Señor, desde aquel dia que por vella
 Salí, sin ver como salí, de Acaya,
 Siempre con rastro fresco, y nuevas della
 De golfo en golfo vine, y playa en playa:
 De Grecia á Libia, desde allí á Marbella,
 De allí á Toledo, y desde allí á la raya
 Deste monte, en que ayer de lance en lance
 A darle vine al fin dichoso alcance.
 Mostró alegre placer de mi venida,
 Y en no saber de tí la ví suspensa,
 Y hoy de un suceso en otro divertida
 Al bosque entró desta arboleda densa,
 Adonde al tiempo que llegó perdida,
 Sin poderle tener en su defensa,
 Mancharon seis villanos caballeros
 En esta limpia sangre sus aceros.
 Movida á compasion de la hermosura
 Que ves sobre ese cuerpo desmayada,
 En procurar consuelo y sepultura
 A mal tan grave me dejó ocupada;
 En tanto que ella con su arnés procura
 La infame deslealtad dejar vengada

En los cobardes seis, que á toda rienda
 La vuelta hurtaron desta estrecha senda.
 La triste causa á esta infeliz desdicha
 Aun no la sé, ni á eso lugar me ha dado
 La enmudecida pena; tú si á dicha
 Templar sabes dolor tan destemplado,
 Llega afable, y al alma que entredicha
 El sentimiento tiene, darán vado
 Tus discretas palabras, y sabremos
 La estraña sinrazon del mal que vemos.»
 Dijo, y ambos con blando sentimiento
 El suyo templan á la mora bella,
 Que en triste son, y doloroso acento,
 Quejas envia á su enemiga estrella,
 Pidiéndole si sabe el fundamento
 De tal crueldad; á quien con llanto ella,
 Entre desmayos y ansias, sin ver dónde
 Ni á quién habla, ó pregunta, así responde:
 «¡Ay alma noble y bella, que desnuda
 Con tal rigor del rico monte tuyo,
 No es mucho que en tu esfera estés en duda,
 Si es tu cuerpo mas bello que no el suyo!
 ¿De qué provecho? ¡ay triste! ¿de qué ayuda?
 ¿De qué recurso es ya lo que rehuyo?
 O ¿por qué temo hacer triste memoria
 Del infeliz suceso de tu historia?
 ¿Qué importa ya en el mundo haber nacido
 De justa causa ó pensamiento reo,
 Si dejar ya no puede de haber sido



(¡Ay cielos! ¡cómo vivo, si tal veo!)
 Del noble Doriscán hijo querido?
 Esposo, vida, luz, alma, deseo,
 Nombres mas propios son de tí, mi cielo,

Que el que heredaste de Dedran tu abuelo.
 En las montañas de Oca fuiste ilustre,
 Y á España fueras único heredero,
 Si como la fortuna te dió el lustre,

Te diera, pues fue tuyo, el cetro entero :
 ¡Oh hermoso Dedran! que aun el deslustre
 De la muerte no llega á volver fiero
 Ese bello semblante, cuya suerte
 Mi vida solia ser, y es ya mi muerte.
 ¡Oh cruel Zamaíl! viejo tirano,
 De pecho avaro, y corazón hambriento,
 El santo cielo abrase de su mano
 Con rayo ardiente tu ánimo sangriento :
 Deste fue Harpali mozo liviano,
 Hijo de infame y bajo nacimiento ;
 Y él del reino de Nájera confuso
 Bastardo rey por tiranía intruso.
 Puso el liviano Harpali los ojos
 En mi mal conocida hermosura,
 Y ciego en el correr de sus antojos,
 Todo su amor paró en mi desventura :
 Yo que siempre di el alma por despojos
 A la beldad desta mortal figura,
 Y con nombre de esposo ya gozaba
 El bien que el cielo y tierra me envidiaba :
 Cansábanme imprudentes pretensiones
 De un fantástico bárbaro arrogante,
 Que en tiranas y locas presunciones
 Se daba á todos gustos por bastante :
 Tuvo con mi Dedran varias pasiones
 De envidia y celos, que uno para amante,
 Y el otro para enfados, ambos fuistes
 Los que mas destos géneros tuvistes.
 Fue el suyo siempre azar de nuestro gusto,
 Y universal enfado de la gente,
 Hasta que á su soberbia el cielo justo
 La pena dió y castigo suficiente:
 Del duro tronco de un moral robusto,
 Que hacia del real jardín sombra á una fuente,
 De mi esposo en la ilustre casa ufana
 Colgado le halló el sol de la mañana.
 O ya fuese á ofender las nobles canas
 De Doriscán en su gallarda hija,
 O que con pretensiones mas profanas
 Amor el gusto y el deseo alija;
 Al fin cuando del cielo en las ventanas
 La alegre aurora al mundo regocija,
 Colgado apareció de un moral, hecho
 A ver muertos amantes sin provecho.
 Nunca se supo de la justa muerte
 La causa justa, ni la heroica mano,
 Por mas que del rey fiero el brazo fuerte
 Quiso y trató de averiguarla en vano;
 Y aunque unos de una y otros de otra suerte
 La atribuyen al cielo soberano,
 Siempre el tirano rey tuvo querrela
 De ser mi amado esposo el autor della.
 A sangre y fuego destruyó la casa,
 Que ya fue honra y amparo al reino todo,
 Y al noble Doriscán entre la brasa,
 Que de sus techos de oro andaba á todo :
 Prendió á su bella hija, y tan sin tasa
 La ira se desmandó, y creció de modo,
 Que á nadie perdonó, solo mi esposo
 Huyó escondido el golpe riguroso.
 Salió huyendo de la patria amada,
 Y yo, del fuego que en mi alma ardía,
 Tras él como á mi esfera, arreatada
 En dulce trueco di cuanto en mí habia :
 Hacienda, vida y honra rematada,
 Que todo en él cumplido lo tenia;
 Y que mucho trocar en este modo
 Uno por mil, si aquel lo encierra todo.
 De sierra en sierra huyendo, y valle en valle,
 Dos cuerpos trajo amor á esta ribera,
 Donde unos breves dias en gozalle
 Ya fue del cielo de mi gusto esfera :
 Aquí fortuna á esta florida calle
 (¡Quién tal pensará! ¡ay Dios!) porque en flor muera

De su cruel mano, entre el sombrío luto
 Mi bien sembró, y cogió la muerte el fruto.
 Dos veces ya los argentados cuernos
 Con tibio oro bañó la blanca luna,
 Y tantas de la Estigia humos eternos
 La hicieron esconder sin lumbre alguna,
 Despues que en mirtos y cristales tiernos,
 Huyendo los rigores de fortuna,
 La vida que hoy en lágrimas se acaba
 En sabrosa quietud de amor pasaba.
 O en diestras flechas los ligeros gamos
 Volviendo alegre presa á nuestro gusto,
 O con fingido silbo en los reclamos
 Contrahaciendo un dulce engaño al justo,
 O ya aliviando los pesados ramos
 Del dulce fruto, ó con tirar robusto
 Blanco venablo ardiente al bosque umbroso,
 Tendiendo al suelo el jabali cerdoso :
 O en dulces lazos ¡ay de mí! ceñida
 Por premio á mil trabajos la garganta
 Del malogrado esposo, que sin vida
 Los ojos que antes dió regalo, espanta :
 De seis verdugos hecho un homicida,
 O ya traicion de entre esta inculta planta.
 Por vengar de Harpali la infeliz suerte,
 Sin culpa dieron á mi vida muerte.
 ¡Ay cielos! ¡qué es posible que ya al mundo
 No vive?... y sin poder pasar delante,
 El alma llena de un dolor profundo,
 A dejarla de él libre fue bastante :
 Y el pecho, que en amar fue sin segundo,
 Sobre el cuerpo cayó del muerto amante,
 Siendo del *vive* el último suspiro
 Puerta del alma, y de la muerte el tiro.
 Acudí por valerle la doncella,
 Creyendo ser desmayo el de la muerte ;
 Y hallándola sin vida, huyó della,
 Asombrada de fe y amor tan fuerte :
 ¡Qué ojos habrá sin lágrimas en vella,
 Aunque á verla el Neron del mundo acierte?
 Bernardo, y su amorosa compañera,
 Ambos lloran allí de una manera.
 Y al pié del risco, al margen de la fuente,
 En flores dieron pobre sepultura,
 A los que mereció su fuego ardiente
 Sombra piramidal de insigne altura :
 Y de la altiva pena en lo eminente
 Puso el noble Bernardo esta escritura :
 «A dos cuerpos dió amor tierra tan breve,
 Séales él favorable, y ella leve.»
 Y habiendo toda la siguiente tarde,
 Con las tinieblas de la noche fria,
 Hecho de su esperanza un rico alarde,
 Por si su premio cual quedó volvia :
 Viendo que ya en la nueva lámpara arde
 De la aurora la luz del tierno día,
 Determina buscar la oculta dama,
 O por el rastro suyo, ó de su fama.
 Algunos dias á terminos contrarios,
 Llevados de uno en otro desatino,
 Por sendas fueron y caminos varios,
 Y á las veces sin senda ni camino:
 Cuando uno por huir senos voltarios,
 Que un ancho arroyo hace cristalino,
 Dos caballeros al salir de un monte,
 La blanca ceja abrió del horizonte.
 Juntáronse en el llano, y preguntando
 El gallardo español por la que adora :
 «Señor, respondió el uno suspirando,
 Bien os diré del que buscáis ahora,
 Que pudiera hacer suyo peleando,
 Cuanto hay de adonde estamos á la aurora ;
 Mas su mismo valor, y alma atrevida,
 Antes de tiempo le quitó la vida.
 En rastro de seis moros caballeros,

De quien habia un agravio recibido,
 Deste prado á los árboles postreros,
 Que ya testigos de su esfuerzo han sido,
 Pedazos hechos en sus golpes fieros,
 Su victoria cantó el laurel florido,
 Que al fugitivo Tormes acompaña,
 Y él de frio cristal sus troncos baña.
 De allí á ver el castillo de la fama,
 Que hoy tan grande la tiene en esta tierra
 Su altivo brio y presuncion le llama,
 Con lo que entre su ardiente seno encierra :
 Probó del fuego azul la rubia llama,
 Tragó entre su luz, tembló la tierra,
 Y enterrado en su báratro profundo,
 Hasta hoy le espera en su combez el mundo.
 Tres dias dudando de la adversa suerte
 Restituido esperamos verle al valle,
 Y tantos nos dió lástima su muerte,
 Aficionados de la traza y talle :
 Mas con mago furor no hay pecho fuerte
 Por demás pienso que es, señor, bus calle :
 Si dais fe entera á la verdad que os digo,
 Bien desde aquí os podreis volver conmigo.»
 «En nada, respondió el discreto godo
 De cuanto me habeis dicho pongo duda,
 Que á su valor y al vuestro es creible todo :
 Mas si á un pecho valiente el cielo ayuda,
 Yo dudo que sea muerto de ese modo,
 Lo que tambien vuestro discurso duda,
 Que las fingidas sombras del encanto
 No llegan mas que á un aparente espanto.
 Son huecos personajes, cuya saña
 Asombros forma de amasado viento,
 Que solo con temor fingido engaña,
 Y hace aparente y falso movimiento :
 La vista sola con su humo empaña,
 El sentido suspende, y el aliento,
 Y lo demás lo acaba á poca pena
 La fortuna del astro á quien se ordena.
 Y así per ver si en esto me acomodo
 En algo á la verdad con vuestro gusto,
 Saber querria deste caso el todo,
 O lo que del tuvieredes por justo,
 Que aunque para probarlo no haya modo,
 Ni en mis venas aliento tan robusto,
 Ni en verlo siento riesgo, ni me ofusco
 En ir allá á buscar al que aquí busco.»
 «Señor, dijo el guerrero de la selva,
 No lejos del raudal deste ancho río,
 Que su florida juncia y grama enselva,
 Como por aquel bosque veis florido,
 Un pequeño collado hace que vuelva
 En rosca de cristal el suyo frio,
 Y besándole el pié sus flores ata
 Con blandos grillos de bruñida plata.
 Allí, ó sea del hado, que encubiertos
 Al ciego mundo sus secretos tiene,
 O que de Clemesin á estos desiertos,
 Y á su cueva en antigua herencia viene,
 Un muro altivo, cuyos gajos yertos
 Las huecas nubes el menor sostiene,
 Al aire claro, y á la luz del mundo,
 Poco ha que en Tormes lo parió el profundo.
 De cien torres altísimas cargado,
 Que en torno hacen gemir el corvo suelo,
 Sin otras diez, que en cuello levantado
 De en medio suben á escalar el cielo :
 Mas la que vuela en chapitel dorado,
 Así á las huecas nubes tiende el vuelo,
 Que no hay garza que tanto se abalance,
 Ni vista que le alcance á dar alcance.
 De hermosas rejas con balcones de oro
 El infinito ventanaje crece,
 Á quien si de la luz llega el tesoro,
 Con su vivo brillar desaparece :

De vario jaspe, y de metal sonoro,
 El amasado muro resplandece ;
 De rojo bronce las grabadas puertas,
 De corvas puntas aceradas yertas.
 Las altas torres con relieves varios,
 De almenas coronadas y molduras,
 De real stucco sutil lazos voltarios,
 De alegres contrapuestas ligaduras ;
 Y en columnas de mármoles contrarios
 Huecos globos, bellisimas figuras,
 Que en pompa adornan, puestos por niveles
 El peso á los bruñidos chapiteles.
 De noche esta gran máquina embestida,
 De claras y encendidas luminarias
 Ardiendo toda en torno, convertida
 Se muestra en sombras de colores varias,
 Y en diverso matiz de luz ceñida
 Forma en el hueco viento iris contrarias,
 Como si su confusa pedrería
 El jaspe fuera que la Scitia envía.
 Por las soberbias torres sus almenas
 Bellos cercos componen y guirnaldas,
 De varias luces de colores llenas,
 Rojas, verdes, de azul, carmin y gualdas,
 Contrahaciendo al brillar luces serenas
 Mil zafiros, topacios, esmeraldas,
 Amatistas, rubies, perlas, diamantes,
 Y otras nuevas bellezas semejantes.
 La altiva puerta en quicios resonantes,
 Que el limpio muro en firme bronce embebe,
 De ardientes llamas da pasos triunfantes
 A quien pasarlos sin quemar se atreve ;
 Por donde invictos ánimos, bastantes
 A heroicas obras, se ha tragado en breve
 La máquina voraz, y últimamente
 Tragó el guerrero que buscáis valiente.
 Sobre la mayor torre, hueca masa
 De rojo fuego en claridad difusa
 El aire enciende, y el contrario abrasa,
 Y en luz eterna la tiniebla escusa :
 Cual si del limpio sol la ardiente brasa,
 Que alegre hace la sombra mas confusa,
 De un peñasco en la cumbre se pusiese,
 Donde mejor tocada y vista fuese.
 Esto es lo que de fuera se halla y mira,
 Lo que en su oculto seno se describe
 ¿Quién lo podrá decir? ó ¿á qué fin tira
 El gran saber que en sus cavernas vive?
 Sobre un padrón de bronce, cuya mira
 A lo de dentro apunta y apercibe,
 Estas palabras, y estos versos muertos,
 En oro estan como vereis abiertos :
 «Labrado fue para el mejor del mundo
 Este ardiente castillo de la Fama,
 El que se hallase en el lugar segundo
 No pruebe entrar por la encendida llama ;
 Que del tesoro que hay en su profundo
 Por su dueño al mejor del mundo llama,
 Como á la rica fuente de quien viene
 La nobleza mayor que España tiene.»
 Esto es, señor, lo que al castillo toca,
 Que desta sierra le hallareis vecino ;
 Pero si á verlo su beldad provoca,
 El probarlo parece desatino :
 Dijo, y á ver la celebrada roca
 Bernardo alegre prosiguió el camino.
 Despues de haberse en término debido
 Del cortés caballero despedido.
 Con nuevos pensamientos, que el cuidado
 De la princesa del Catay les puso,
 Olfá, y su caballero enamorado,
 Del encantado bosque entran al uso :
 La una medrosa, el otro desvelado,
 Cuando sembrando fue el aire difuso
 Por sus ojos la máquina hermosa,

De alegre bulto, y gallardía vistosa.
 Las puntas de oro que en diversos trajes
 Volando sube el edificio altivo,
 Entre huecos y altísimos celajes
 Vivos realces parecen del sol vivo:
 Crecen los globos, crecen los plumajes,
 Y cunde por el aire fugitivo
 El real palacio, que á la ilustre cima
 De un monte carga da, y al mundo grima.

No probara Bernardo la aventura
 Habiendo leído su padron primero,
 Sino fuera buscando la hermosura
 De quien amor le hizo prisionero;
 Que de su noble pecho la cordura
 El brio hace humillar mas altanero
 Para que no por verse que es bastante
 A la empresa, se pierda de arrogante.

Mas del sin fin deseo arrebatado,
 Que allí en tan varios trances le ha traído,
 Por la encendida puerta se entró armado,
 De su espada y escudo apercebido;
 Donde apenas el quicio ardiente, helado
 Con diestro pié pisó, cuando encendido
 De rojas llamas de oro largo espacio
 Su cortorzo gimió, y tembló el palacio.

Y no en ronco bramara de horrible estruendo
 Cual los demás guerreros recibia,
 Mas todo en nueva hermosura ardiendo
 Vuelto se vió en suavísima armonía,
 Que en las doradas bóvedas rompiendo
 Los resonantes ecos, parecia
 Que el mundo allí de todas sus regiones
 El contento lloviese en varios sonos.

Con esta salva, de un florido espacio,
 Que en siete arcos triunfales se estendia,
 Del acerado muro al real palacio
 Pasado el singular guerrero habia:
 Llegó en música al patio, en que el topacio
 De oro ardientes relámpagos bullia,
 Y el tiempo se trocó, cerróse el muro,
 Manchando el claro cielo de aire obscuro.

La hueca nube de su claro seno
 De cruel fuego llovió rojo granizo,
 Que el acerado arnés, cual seco heno,
 Sobre el real cuerpo le abrasó, y deshizo:
 Quedó de ciego humo el patio lleno,
 Y él sin las armas que Vulcano hizo,
 Cuando entró el humo y el granizo de oro
 Los cuernos vió salir de un fuerte toro.

Pudiera, si le hallara descuidado
 Ponerle á un golpe la victoria en duda
 Mas en su ligereza confiado
 El encuentro luyó, y con él se anuda:
 Firme el toro resuena en lo enlazado
 De la techumbre dá oro no desnuda
 El grueso aliento, que á la obscura loma
 Del soberbio animal Bernardo doma.

ALEGORIA.

En Garilo, que habiéndole Bernardo librado de la muerte le hurta el caballo y la espada, se pinta el dañado pecho de un ingrato, que con ningún beneficio pierde su dañada inclinación; y en los dos paladines vencidos, cómo sabe Dios humillar á los soberbios, cuando mas confiados y al parecer insuperables van en su ambicion y soberbia. En la muerte de Garilo se ve, cómo casi siempre los malos tienen por verdugo á su misma culpa, hasta morir á sus manos. En Bernardo, que encuenra á Olfa morando un cuerpo muerto, y habiéndole dado sepultura se va en seguimiento de Arcángelica, se muestra cómo el que va tras su venganza, se le ofrecen al camino mil espantosas ocasiones, que con su horror procuran atajarle los intentos; y él, corriendo siempre tras su deseo, por todo pasa, sin reparar en nada.

LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

ARGUMENTO. Vence Bernardo el encantamento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el origen y sucesion de la excelentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Orontes, y treceientos caballeros de su linaje que le acompañan para ir á la corte de su tío el rey Casto. Hallanse Morgante y Orimandro en Africa: cuéntanse las desgracias de Angélica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artábano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fueron de Ateu, hijo de la tierra y rey de Libia, y con ellas la clava de Hércules.

Ya entre los cuernos de un furioso toro,
 Al resplandor del fuego que salía
 De la encendida masa, ó globo de oro,
 Que en medio el aire de aquel patio ardía,
 Del gran Bernardo el anhelar sonoro,
 El turbio y negro viento ensordecía,
 Y al gemir ronco de ambos duros pechos,
 El eco suena en los dorados techos.

Hizo firme hincapié la honra de España
 En el de una columna, y revolviendo
 Sobre el toro un vaiven con fuerza y maña,
 Rodando el uno fue, y ambos cayendo:
 El hueco patio de grandeza estraña
 La obscura boca abrió de un pozo horrendo,
 Que ambos á un tiempo en observados puntos
 De un aspecto infeliz los tragó juntos.

Así en las playas del tiznado infierno
 Si algun peñasco horrible se desgaja,
 El agua salta; suena el lago Averno,
 Y de amarilla espuma y pez se cuaja:
 Suenan los bosques, que en silencio eterno
 Del mundo guardan la mortal baraja,
 Asombrando los árboles vecinos
 Sus negros espumosos remolinos.

Resurtió el agua fuera con bramidos,
 Y por la sima obscura, y sus taladros,
 Vomitó el suelo globos encendidos,
 Y dió el aire trístísimos baladros,
 Truenos confusos, roncós estallidos,
 Que el blanco estuco en los sutiles cuadros
 Temblar hicieron, y pensar si habia
 Llegado el mundo á su última agonía.

Cundió confuso el espantoso estruendo
 Por las cavernas y techumbres de oro
 Del hueco alcázar, que del son horrendo
 Temblando el muro está en gemir sonoro;
 Y el gallardo español, que al ir cayendo
 Se dió por muerto, al despeñarle el toro
 Al lago obscuro, así perdió el sentido,
 Cual si en las ondas diera del olvido.

No volvió en sí, ni pudo en largo rato
 Suspenso al delirar de un dulce sueño,
 Que en caricia amorosa, y tierno trato
 De un rostro alegre el pecho zahareño
 Un noble guste le vendió barato,
 Y de un rico tesoro le hizo dueño,
 Trocado en bella dama el fiero toro,
 La laguna en cristal, la sima en oro.

Ni fue todo quimera lo soñado,
 Que vuelto en sí de la pasada riña,
 No con un toro se halló abrazado,
 Mas á una tierna y delicada niña:
 Sobre alfombras y telas de brocado,
 De aljofar y diamantes cada piña,
 En rica cuadra y aposento hecho
 De jaspe el muro, y de alabastro el techo.

Cercada de doradas vidrieras,
 Que le sirven de bellas luminarias,
 Por donde el rosicler de mil maneras
 El aire tiñe de vislumbres varias,
 Y los rayos y luces verdaderas,
 Que forman del cristal iris contrarias,

Quebrándose en el oro y pederria,
 Añaden luz á la que saca el día,
 Hurtan sus miradores y ventanas
 Suaves olores de un jardín ameno,
 Que de rosa y clavel manchas tempranas
 De agradables guirnaldas le hacen lleno:
 Prende el olmo gentil párras lozanas,
 La grama trepa por el verde heno,
 La yedra por los muros, y las flores
 El aire y suelo manchan de colores.

De las arpadas lenguas la armonía
 Con que alegran los árboles el viento,
 Al contrapunto que al romper del día
 La luz al mundo vuelve su contento,
 Nueva hermosura da, nueva alegría
 Del rico cuarto al agradable asiento,
 Con los tiernos redobles que al canario
 El ruisenor alienta el tiple vario.

Era en cien pasos de contorno hecho
 De alegre jaspe y firme arquitectura,
 De oro y verde nielado el blanco techo,
 Que las estrellas busca con su altura:
 Y entre realces de estuco trecho á trecho
 Primores de pincel y de escultura,
 Y en rasguños, bosquejos y perfiles,
 Escorriadas sin luz sombras sutiles.

Bernardo que domando un fiero toro
 Se vió en los lances de su agudo cuerno,
 Y libre ahora en el regazo de oro
 De una tierna beldad de un mirar tierno
 Admirado de hallar gusto y tesoro,
 Donde encontrar pensó pena é infierno
 Así con suspension y regocijo,
 Alegre vuelto á la doncella dijo:

«Grandes son los milagros desta casa,
 Grande el saber que los trazó, y los hizo,
 Sus techos de oro, su encendida masa,
 Su horrible sombra, su áspero granizo;
 Mas lo que á todo junto escede y pasa,
 Y la primera admiracion deshizo,
 Es el placer y gusto que retoza
 Por esta alegre cuadra, y quien la goza.

Y tú, bulto gentil, luz peregrina,
 O seas diosa inmortal, ó sombra humana,
 Si huele á humano cosa tan divina,
 Si es de la tierra luz tan soberana,
 Ora de honor mortal, ó inmortal dina,
 De eterna vida, ó de caduca y vana,
 Dime ¿á cuál dios le debo deste templo
 El bien que gozo en él, y en tí contemplo?»

«¿Qué deidad rige, qué virtud alumbra
 Estas cuevas y sótanos del mundo,
 Cuando les falta el oro que relumbra
 Siempre en tus sienes, y ahora en tu profundo?
 Tu bello rostro, que al del sol deslumbra,
 Y de valor le da el lugar segundo,
 ¿De qué esmero de gloria, de qué cielo
 Amor le hizo para bien del suelo?»

Dijo el leonés, y la beldad gallarda
 Compró unos nuevos bellos arreboles,
 Que el temor le labró, que le acobarda
 En ambas las mejillas sendos soles:
 Al fin con voz medrosa, y lengua tarda
 Haciendo el rostro varios tornasoles,
 «Toda, dijo, señor, esta armonía
 Es solo un medio á la ganancia mia.

Hércules hizo esta espantosa cueva,
 Y en ella enterró vivo un agorero,
 Al sabio Clemesí, que en luna nueva
 Via todo junto el mundo venidero:
 Cuyas cenizas por bastante prueba
 Esta urna guarda de bruñido acero,
 Y parte de su espíritu esta sala,
 En lo que al tiempo por venir señala.

Era en los Carpios de Africa nacido,
 Y del antiguo origen de su tierra,
 Por mayor gloria el suyo dió añadido
 A esta que ahora su sepulcro encierra:
 De aquí el Carpio nació, cuyo apellido
 Si el gran saber de Clemesí no yerra,
 Será por las hazañas de tu mano
 Mayor que el Uticense y Africano.

Prendióle Alcides, y enterróle vivo,
 Porque en supersticiosa hipocresía,
 O con alma envidiosa, ó pecho altivo,
 Estorbar sus grandezas pretendia:
 Y como al claro Betis fugitivo
 A Sevilla usurpó, también queria
 A Tormes impedir con sus conjuros
 De Salamanca los insignes muros.

Llegando Hércules libio á las riveras
 Del fresco Betis, que en templado cielo,
 Entre las flores dan fuentes parleras
 Blando ruido y cristal al fértil suelo,
 Fundar quiso á las gentes venideras
 Ciudad que fuese á su valor modelo,
 Cuando el astuto y envidioso mago
 Con un conjuro lo estorbó aciago.

Pasó el hijo de Osiris helicoso
 Su reino á Italia; Hispal entretanto
 Con el paterno brio al pueblo honroso
 Felices muros dió, y principio santo:
 Volvió de Tuscía el capitán famoso,
 Y del frio Tormes en el rico manto
 Otro pueblo trazó, y el sabio en vano
 Quiso segunda vez irle á la mano.

Sabia por su astronómica esperiencia
 Destos dos sitios en el mundo raros,
 Que de aquel en aumentos de excelencia
 Grandeza, magestad, y hechos preclaros,
 Y deste en letras, santidad, y ciencia,
 Al mundo con la luz de ingenios claros
 Nacerian mas Hércules y Apolos,
 Que al cielo estrellas sobre entrambos polos.

Y envidioso que Alcides de su mano
 En la tierra dejase tal memoria,
 La primer poblacion le estorbó ufano,
 Y á Hispal pasó de tanto honor la gloria:
 Mas porque pretendió tambien en vano
 La segunda impedir, es firme historia
 Que aquí le enterró vivo y deste agüero
 A Salamanca dió nombre primero.

Es tradicion que en los antiguos años
 Que á Clemesí esta cueva tuvo preso,
 Sin dar recurso á sus presentes daños,
 Ni destos montes sacudir el peso,
 Puntos en su saber alcanzó estraños,
 Labró esta sala real, y en ella impreso
 De los futuros siglos un discurso,
 Que al mundo iguala en duracion su curso.

De España las grandezas mas notables
 Al venidero siglo y al pasado,
 De gurbios y pinceles admirables
 Es cuanto está en contorno dibujado:
 Sus reyes, sus monarcas, sus afables
 Príncipes, sangre, magestad, estado,
 Graves sucesos, reales sucesiones,
 De ilustres casas, de inclitos varones.

Mas donde el sabio mágico dispuso
 El punto echar, y de su ciencia el resto,
 Donde mas fuerza de planetas puso,
 Y el cielo á su intencion halló mas puesto,
 Fue en aquel rico espejo, en quien difuso
 Con mágicos caracteres compuesto
 A los ojos dejó un discurso entero
 Del mundo que pasó, y del venidero.

Así dijo, y tomando por la mano
 Al regalado jóven se levanta,
 Y al fiel cristal, que del tesoro humano
 La mas antigua muestra y rica planta,